

UN INTELECTUAL FILÓSOFO*

Adorno califica de "Post-socrático" al intelectual cuyo propósito en la actualidad, sea ejercitarse lo que una vez se llamó Filosofía. Este apelativo irónico nos hace captar tanto la alusión a los presocráticos heideggerizados, como la pretensión de que después de la extinción de la gran Filosofía, la herencia socrática se halle conservada con mayor fidelidad en la retórica esclarecida de los insuperables sofistas que en los alumnos de Platón.

Hace apenas un año, Adorno dictó una conferencia ante una reunión de profesores de Filosofía. De esa conferencia recuerdo en especial una cita de Peter Altenberg editado por Karl Kraus, que caracteriza la humanidad tomando como ejemplo el maltrato a los caballos: Este maltrato "no cesará hasta cuando los transeúntes se vuelvan tan irritablemente decadentes que, perdido el dominio de sí, enfurecidos y desesperados ante esta situación, se tornen homicidas y fusilen como a un perro al cochero cobarde ¡no soportar ser testigos del maltrato a los caballos será la proeza del hombre del futuro, decadente y neurótico! Hasta el momento, el hombre ha tenido precisamente la fuerza para no preocuparse de los asuntos ajenos". En aquella época Adorno se remitió a esta cita para despejar la idea de progreso, terminando con la confusión que significa identificar el progreso con los progresos en el dominio técnico de la naturaleza. Pues incluso en el vigor del progreso técnico pervive aún el acendrado estigma mítico con el que las fuerzas racionalizadas de la naturaleza afirman, a pesar de todo, su ancestral dominio frente a los nuevos amos. Según esto, el progreso en sentido positivo, sería apenas posible cuando la humanidad interiorizara el crecimiento propio de la naturaleza allí donde ésta parece evadirse técnicamente al máximo; cuando, por ejemplo, ella, en lugar de ser estimulada por conflictos políticos mundiales, pueda sopesar racionalmente si la con-

* Con este ensayo IDEAS Y VALORES rinde homenaje al gran pensador recientemente desaparecido Theodor W. Adorno, fundador de la escuela de Frankfurt y uno de los más destacados críticos de la cultura burguesa.

quista astronáutica del espacio universal es en realidad más urgente que la satisfacción elemental de las zonas hambrientas del mundo. La intención de un progreso tal, solamente reprimida por el progreso irreflexivo, la resuelve Adorno en el concepto de decadencia. La "neurosis" de Altenberg expresa en la realidad una forma de individuación extrema, única que puede mantener abierta la posibilidad para una humanidad que algún día pueda llegar a la humanidad misma. Se puede aceptar tranquilamente la obvia objeción de que en nuestras latitudes ha desaparecido el maltrato a los caballos, y no precisamente por el "progreso" de la sensibilidad, sino por el avance de la técnica; pero en el transporte automovilístico, al cual fueran sacrificados los coches, se conserva y se ha generalizado la brutalidad del cochero. La dialéctica del viejo ejemplo aún es válida para el asunto que expresaba.

La mencionada cita quedó firmemente grabada en mi memoria porque aquella noche ninguna otra expresión habría podido caracterizar mejor el espíritu de Adorno, y al mismo tiempo, distinguirlo más profundamente del claustro profesoral. Un escritor entre funcionarios. Escritores entre filósofos en el más estricto sentido, se han dado incluso en Alemania; Adorno no es el primero. La relación rica en tensiones de los intelectuales con el pensamiento institucionalizado, es tan antigua como la misma Universidad. Despues de la muerte de Hegel se dio aun el caso de que los escritores ocuparan los puestos de los grandes filósofos. Kierkegaard se llamaba a sí mismo un escritor religioso, Nietzsche, uno filosófico.

El primero escribió Tratados, el segundo Aforismos. Walter Benjamin, imbuído de este mismo espíritu, que ejerció sobre Adorno un influjo considerable, comparó una vez el Tratado, que es de origen arábigo, con la arquitectura islámica: la estructura articulada se abriría en primer lugar desde adentro; "el campo de sus deliberaciones no está animado pictóricamente sino más bien cubierto por el ornamento que se enlaza sin soluciones de continuidad. En la densidad ornamental de esta presentación se pierde la diferencia entre la construcción temática y la digresión". Con esta clave se pueden descifrar muchos de los artículos de Adorno y precisamente los más intrincados y los más profundos, tal como si fueran Tratados esotéricos. Son como laberintos que por amor a una claridad interna se ocultan hacia el exterior. Los pensamientos incisivos tienen, por el contrario, la forma aforística y extraen de tal manera su fuerza de la individualidad, de la autonomía, que su contenido se opone a la forma sistemática. Cuando Adorno no utiliza un tipo de exposición sistemática, manifiesta exactamente no solo su concepción del filosofar, sino también una determinada concepción filosófica. Con Hegel, es de la opinión que la generalidad de la forma lógica menoscopia lo individual. Pero el pensamiento dialéctico, en su intento de romper por sus propios medios la rigidez de la Lógica, también conduce dentro del sistema, de individualización reflexiva a la exaltación de la totalidad; este paso es en la historia tan sangriento, como problemático en la Lógica de la Historia de Hegel. Adorno anota cómo el pensamiento sistemático siempre conserva algo de aquello que los artistas parisienes llamaban "le genre chef d'œuvre"; su oposición a la rigidez del sistema y a la jerarquía de pensamiento se refleja en su animadversión por la obra maestra. Adorno levantó a este sentimiento un digno monumento en los *Minima Moralia*; puesto que para él es motivo de honra lo que aquellos que no lo comprenden podrían considerar como un desmerito: su obra maestra es una colección de Aforismos. Ella puede ser estudiada confiadamente como una Suma.

Las lagunas del pensamiento.

Adorno se opone a la Lógica rígida de la relación deductiva y reclama que en un texto filosófico, todas las frases deben girar alrededor de un punto central y con

ello, rescata el sentido dialéctico de las antiguas concepciones hermenéuticas. Pues los textos, que demostrarían todos los pasos dentro de las normas de la Lógica formal y de la Metodología analítica, serían en realidad superficiales o dejarían de ser textos para convertirse en instrumentos del quehacer científico. Esta clase de textos jamás se ha dado en la tradición filosófica. El pensamiento que penetra en un objeto justamente porque recoge en sus vibraciones el campo de resonancia del sujeto desde el cual parte, no puede probar correctamente su propia génesis lógica. Adorno traduce esta concepción en dos giros peculiares: aboga por las "lagunas" del pensamiento y se opone a sus "ademanes persuasivos". En un pasaje se refiere al pensamiento acertado, el cual se opone a la promesa implícita en la forma misma del juicio: "Esta deficiencia se asemeja a la trayectoria de la vida que discurre oculta, desviada, desilusionando a sus premisas, pero que sólo dentro de este discurso y bajo determinadas condiciones puede representar a una existencia no reglamentada".

A esta renuncia a una demostración sin vacíos corresponde la de tener siempre la razón. En el trozo dedicado a los postsocráticos, se le enfrenta al pensamiento calculador otro que ha aprendido del diálogo y de la dialéctica algo más que el compromiso de terminar cualquier discusión definitivamente: "se trataría de tener conocimientos que no sean absolutos o invulnerables —estos terminan inevitablemente en una tautología—, sino aquellos que se orientan a cuestionar su propia validez. Con esto no se busca el irracionalismo, ni la implantación arbitraria de tesis justificadas por la revelación intuitiva, sino la supresión de la diferenciación entre Tesis y Argumento. Pensar dialécticamente significa que el Argumento debe adquirir el carácter drástico de la tesis, y la tesis contener en sí la plenitud de sus fundamentos. Adorno rechaza con indignación la acostumbrada pretensión científica de culminar sus conferencias siempre en forma de Tesis. Las Tesis son legítimas como conclusión solo cuando presentan el problema principal, cuando contienen en sí sus fundamentos. En esta exigencia Adorno debió tener presentes las Tesis sobre Feuerbach de Marx, o también las Tesis histórico-filosóficas de Benjamin —que son, después de sus Fragmentos teológico-políticos, quizá lo más importante en filosofía que nos ha quedado de Benjamin—.

En una de sus Tesis que hace referencia a las Utopías de la Naturaleza de Fourier, trata también de una forma de trabajo que permitiría aprovechar las actividades creadoras que duermen como posibilidades en el seno de la naturaleza, en lugar de explotarla. Aquí se toca un tema propio del pensamiento de aquel círculo en el cual Adorno es el más joven, y que entusiasmó a Benjamin, Bloch, Horkheimer, Herbert Marcuse y Gerd Scholem, y también Friedrich Pollock, de orientación más bien económica, todos ellos han sido absorbidos por la cuestión: cómo hacer posible la reconciliación de la civilización con la naturaleza. La cuestión está enunciada a la manera del siglo XVIII, pero en el período posterior a Marx es concebida y articulada por medio de Freud, sin que fuera despojada de su potencial místico, que concluyera en Schelling en el romanticismo. Se conserva como determinante el viejo topos según el cual los hombres no pueden esperar la propia emancipación sin la resurrección, sin el retorno de la naturaleza caída y exiliada.

La perturbación en el mecanismo de relojería.

Los conceptos entre los cuales Adorno y Horkheimer tienden las redes de la dialéctica del esclarecimiento, Yo y Naturaleza, han tomado su nombre y su significado inmediato del Idealismo alemán; pero las tradiciones pilotes han sido clavados en tierra ajena. La naturaleza presenta un rostro temible y un rostro amable; no obstante, sobre la naturaleza amable y atrayente se tiende una singular sombra de

ambivalencia. Esta es la perturbación del mecanismo de relojería en la obra de Adorno. La naturaleza poseerá rasgos tenebrosos, tal como está consignado en los mitos, en tanto que la especie humana tenga que sufrir una existencia precaria, tenga que llevar frente a ella una vida amenazada. En el proceso histórico mundial del trabajo social aumenta la capacidad de dominio técnico sobre la naturaleza; la supersticiosa actitud animista frente al terror que ella produce y el ajuste mágico a sus fuerzas, son desmixtificados paso a paso. Bajo el sometimiento que resulta de la absoluta coacción vital tanto de la naturaleza exterior como de la propia, ésta se convierte en material para la actividad de un Yo establecido sobre impulsos reprimidos. En estas circunstancias aparece el Yo idéntico, en el que el iluminismo puso la esperanza de la madurez, solo como un obstinado centro de violencia y frustración. El sistema de conocimiento y de ciencia desarrollado al mismo tiempo que el Yo, junto con las andaderas de la Lógica formal, puede por ello ser comprendido de nuevo como órgano de la naturaleza misma, al igual que la inteligencia sometida al instinto de conservación física. La razón desempeña aquí el papel de mero instrumento de adaptación, en lugar de servir como estímulo para la emancipación. Convierte a los hombres en "bestias de cada vez mayor alcance" y la civilización misma permanece como un cuerpo extraño a la naturaleza de la que se quiere deshacer como de algo temible.

Solamente una civilización reconciliada con la naturaleza estaría libre de tal tendencia. Solamente a ella descubriría la naturaleza su rostro amable. Para ello se precisaría el autoconocimiento del espíritu que se contempla en sí mismo como una naturaleza dividida, como "naturaleza que se torna aprehensible en su enajenación". Entonces la razón no se extraviaría en su contrario. La identidad del Yo elaborada bajo las represiones del puro instinto de conservación, no se separará de la auto-reflexión. Solo una individuación acabada se liberaría de la caparazón que arrastra el ídolo de la personalidad en la sociedad burguesa. También en la única pasión humana, el amor, en el que una relación mimética con la naturaleza, un ajuste y una identificación generosa, asume el puesto del dominio técnico sobre la naturaleza, está salvada la individualidad extrema, el Yo está reconciliado con la naturaleza sin supeditársele. La entrega total, desprendida del afán de posesión, es el único concepto con el que Adorno combate los tabúes sobre el reino de la esperanza. Para la utopía, la prohibición de símbolos conserva tan fuertemente su vigencia, como para el futuro mesiánico de los judíos. Adorno rompe en este único lugar el cordón de una posible filosofía negativa.

Así, pues, la ternura despierta en la entrega la olvidada fuerza de la mimesis. Al nivel de la sociedad desarrollada, ella es un modelo de la reconciliación con la naturaleza. Pero la naturaleza ofrece la felicidad en la civilización no solo en tales anticipaciones del verdadero progreso, sino también desde el lado opuesto, especialmente en la euforia de la embriaguez que suspende al propio Yo. En el canto de las sirenas una naturaleza amorfa atrae al hombre hacia el retorno inmediato, le ofrece un escape de la civilización, la sensación alígera de desprenderse de su identidad.

A veces parece como si el mismo Adorno sucumbiera a este canto. En los apartes más abstrusos vacila la dialéctica de la Ilustración en su última fase; entonces ella se conforma con la tesis del movimiento contrario a la Ilustración de que el temor no se deja abolir y le está reservado a la civilización, y amargada, se abandona a la fuerza destructiva del instinto de la muerte. El mayor de sus amigos, Horkheimer, se siente singularmente atraído por Schopenhauer y los intentos del Yo por sobrevivir en la entrega a la naturaleza. El mismo topes de un Yo sometido a la naturaleza, adquiere en Adorno rasgos sexual-utópicos y anárquicos. A ratos, por desconfianza en la posibilidad real de ella, hace retroceder imperceptiblemente y

hasta desvanecerse la utopía de una civilización reconciliada con la naturaleza, reemplazándola con el sueño de aquella naturaleza atractiva que se hace pagar sus bondades con la entrega de la individuación. Esta se muestra entonces, de manera insopitable, como una maldición y la madurez como su eco.

En última instancia, Adorno permanece indeciso frente a la ambivalencia que percibe en el rostro amable de la naturaleza. Esto está vinculado con aquel "interrogante vital de los intelectuales" a quienes ve situados ante la "afrentosa alternativa": de convertirse también en adultos o permanecer siendo niños. Sin duda, los rezagos del esfuerzo por el cual se logra la autonomía, limitan la perspectiva: y un poco de infantilidad también clarifica y es garantía de felicidad. No por azar es válida la idea de que la madurez que es capaz de conservar algo de la niñez, constituye el secreto del genio. Pero allí donde este ingenio pertenece a la utopía, allí donde condiciones objetivas impiden conservar la niñez en la madurez cuando se exige ahora como antes reunirlas a ambas, quizá apenas allí es posible mediante una regresión tranquilizadora a superar las barreras de una limitada madurez, con miras a una autonomía flexible. La exigencia de la unidad de obra y biografía exaltada por el espíritu liberal de Jasper y ofrecida como patrón a los grandes filósofos, permanece, bajo tales circunstancias, como algo abstracto. Cuando la situación del mundo hiciera necesario comparar la pureza de la teoría con el cautiverio de la biografía, la madurez con la regresión, volvería a caer sobre la filosofía precisamente de los intelectuales parte del riesgo encerrado en los antiguos misterios. En todo caso, Adorno dedicó a Kafka y a Proust sus dos mejores ensayos. Algunos rasgos de Adorno que sus admiradores y amigos encuentran como los más dolorosos, vuelven por sus fueros si se toman en este contexto. Cuando la fuerza de las concepciones analíticas equivale al padecimiento de cuya experiencia provienen, entonces la medida de la vulnerabilidad y de las heridas de Adorno se convierte en potencial filosófico.

Tres corrientes filosóficas.

Entre nosotros influyen sobre todo tres corrientes filosóficas que están representadas por Heidegger, Gehlen y Adorno. Su poder se mide en el positivismo universalmente extendido, que sitúa a la ciencia como una simple fuerza productiva y la limita a ello. Heidegger, en cuyos sucesores se ve cada vez más claro que solo dio un rodeo en torno a Hegel sin superarlo, asume un serio distanciamiento frente a la Lógica del quehacer científico. Gehlen se sirve del positivismo y lo desprecia tácitamente. Entre los más jóvenes como Hofstätter, se manifiesta lo explosivo de esta mezcla. Finalmente la teoría dialéctica reconoce que aun en la dominación positivista de la naturaleza, sin la cual no hay racionalidad, la humanidad permanece supeditada a la coacción de la naturaleza y no toma conciencia. El centro de su pensamiento es la esperanza de que el darse cuenta de ello llegue a ser un *movens a pesar de todo*.

(Este artículo ha sido tomado de la colección de Ensayos sobre Adorno publicada por Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1968. Traducción de Alba Paulsen. Revisión de Antonio Mejía).